

SERAFÍN ORTIZ. SEMBLANZA DE UN JURISTA,
EDUCADOR, SERVIDOR PÚBLICO Y POLÍTICO
AVECINDADO EN TLAXCALA

Luis GONZÁLEZ PLACENCIA

I.

En 1993 recibí una invitación por parte del entonces titular de la Dirección General de Reclusorios del otrora Departamento del Distrito Federal, David Garay Maldonado, para organizar un evento internacional al que llamé “La experiencia del penitenciarismo contemporáneo: aportes y expectativas”. La característica principal que me pidieron cuidar era que debía concitar a los máximos expertos del tema en Latinoamérica y en Europa, pero lo que don David Garay no sabía era que estaba contratando a un joven que ya entonces era parte del Círculo de Estudios en Criminología Crítica de América Latina y que veía en la ocasión un momento muy importante para dar a conocer en México el pensamiento crítico en materia penitenciaria y para tratar de apartarlo del positivismo criminológico que desde los sesenta impregnaba el tema de la ejecución penal. Hallar exponentes del pensamiento crítico no fue difícil ni en el cono sur, ni en Europa. Aceptaron la invitación Louk Hulsman, Raúl Zaffaroni, Rosa del Olmo, Elías Carranza, Edgar Saavedra y las jóvenes promesas hoy consolidadas, Iñaki Rivera, Sebastian Scheerer y Giusseppe Mosconi. Participaron también Jacinta Balvela, entonces directora de ILANUD y Pierre Landreville, otro joven criminólogo canadiense. Pero hallar en México criminólogos críticos era un poco más difícil, pues so pena de aparecer como quien invita sólo a sus amigos —una docena que más o menos éramos en el Círculo— me tocaba tomar una decisión complicada. Y lo hice, sólo tres mexicanos participaríamos: Fernando Tenorio —sin duda el más consolidado de todo el grupo— un joven de mi edad recién egresado de la maestría en el Zulia, alumno de Lola Aniyar que Fernando mismo me recomendó y a quien sólo conocía de oídas, y yo, nosotros últimos como mo-

deradores de las mesas y conductores de sendos paneles de análisis con los ponentes, respectivamente.

Así fue como conocí a Serafín Ortiz, joven criminólogo crítico que a sus treinta años había tenido trato no sólo con los connotados profesores latinoamericanos invitados al encuentro, sino que también, como nosotros en México, compartió trozos de vida con Alessandro Baratta y con Roberto Bergalli.

Cabe decir que de aquél encuentro de 1993 emergieron muchas cosas buenas. De ahí se posibilitó, por ejemplo, que la Comisión Nacional de Derechos Humanos de Jorge Madrazo y su Tercera Visitaduría General fueran fraguando la visión penitenciaria que, de hecho, hoy distingue a la Ley Nacional de Ejecución Penal, hechura de Miguel Sarre, a la sazón tercer visitador general, y quien fue asistente a aquel encuentro del que trajo conocimientos importantes, ideas y perspectivas centrales para su trabajo como defensor de los derechos de las personas presas. Pero lo más importante fue que ese encuentro fue el vértice de una fuerte y fructífera amistad que hoy me une con Serafín y que se aproxima a los treinta años.

Luego, como es la vida, los destinos de cada quien se separaron por un tiempo, porque yo me fui a Europa a continuar mi formación, pero no tanto en realidad, y él se fue a Tlaxcala donde en la gran Universidad Autónoma del Estado se hizo coordinador del posgrado en derecho, luego director del Centro de Estudios Jurídicos y Políticos (CIJUREP), después director de su Facultad de Derecho, más tarde secretario académico para culminar su impresionante ascenso como rector de esa que es su alma mater. Digo que no tanto porque tan pronto volví a México, Serafín me ofreció el curso de metodología de la investigación en la maestría en derecho penal proponiéndome impartirlo los sábados por la mañana, allá en las instalaciones de la Ribereña, donde entonces se ubicaba el posgrado. Así empezó mi relación con la Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx) y así también se fue tejiendo mi amistad con Serafín.

II.

La idea de un posgrado de fin de semana fue realmente innovadora en 1996. Muchos como yo, la mayoría profesores consolidados de importante fama —que claramente no era mi caso— como el propio Fernando Tenorio, Álvaro Búnster, Luis Ponce de León, Jorge Witker, Manuel González Oropeza, José Luis Soberanes, Jesús López Monroy o Guillermo Floris Margadant, compartíamos el privilegio de poder impartir clase el fin de semana sin pre-

ocuparnos de invadir las horas laborales de nuestras respectivas instituciones de adscripción. Gracias a esa estupenda idea, el CIJUREP creó una importante fama por su claustro de profesores de primera línea y aprovechando esa fama, de nuevo el ingenio del joven Serafín emergió para comenzar un proceso de exportación de sus posgrados que lo llevó a impartirlos en Chihuahua y en Yucatán, entre otras partes de la república, y a ser el creador de un modelo que hoy han copiado muchas instituciones porque constituye una buena práctica destinada a la enseñanza dirigida a un sector difícil, dadas sus ocupaciones, para el que asistir los viernes y los sábados a cursos concentrados de diez horas semanales, les permitió obtener sus grados de maestría y de doctorado. Postulantes, jueces, legisladores, defensores, vieron la posibilidad de realizar posgrados sin tener que sacrificar tiempo de sus profesiones.

Pronto los posgrados del CIJUREP, donde fuese que se impartieran, se hicieron famosos, tanto que incluso un entonces ministro de la SCJN, José de Jesús Gudiño Pelayo, decidió hacer su doctorado en la UATx. No creo exagerar si digo que para Serafín, CIJUREP es una de las partes más importantes de su vida. Desde siempre procuró que ahí se dieran cita grandes personalidades del derecho y la criminología, que tuvieran lugar los grandes eventos y que se reflexionara seriamente el pensamiento jurídico contemporáneo. Desde entonces a la fecha han circulado por sus aulas De Georgi, Ferrajoli, Zaffaroni, Commanducci, Alexy, Pitch, Bodelón, Borja, Bovero, Canció Melía, Zapatero, además de los más importantes juristas nacionales contemporáneos como García Ramírez, Carbonell, Salazar, Pedroza de la Llave, Bonifaz y Azaola.

Ya como rector, Serafín continuó innovando, ahora no sólo para el ámbito de sus colegas profesionales, sino para toda la Universidad. Leyó exce lentemente los tiempos, y humanista como siempre ha sido, de pensamiento orientado a las izquierdas, se opuso elegantemente a la tendencia a la que los gobiernos neoliberales pretendieron llevar a las universidades, por el camino de las competencias. Serafín se dio cuenta con aguda sagacidad de que el propósito de las universidades, desde los acuerdos de Bologna, se encaminaba a producir empleados, reduciendo la capacidad crítica del alumnado, a favor del desarrollo de sus competencias laborales, pensadas primordialmente desde la empresa. Con mucho valor, pero sin un ápice de ingenuidad, retomó el viejo modelo humanista que años antes se había trabajado en la UATx y lo renovó. Reflexionó sobre la necesidad de sustituir el humanismo medieval que le servía de marco por el que emergió de los acuerdos de posguerra, de donde nacen la idea contemporánea de los derechos humanos y el respeto de la dignidad. Con base en ello, construyó

su idea de la autorrealización como la posibilidad de desarrollo del potencial de las personas en un contexto de integralidad, donde conocimiento y actitudes no se separan de la virtud, la empatía, el sentido crítico o el sentido de la justicia y no sólo eso, también le dio una dimensión material a su propósito al crear un cuarto eje sustantivo para la UATx, que junto a los que comparten todas las universidades —docencia, investigación y divulgación— ha dado identidad al modelo educativo de la Universidad Autónoma de Tlaxcala hasta hoy: el eje de la autorrealización.

Así, el modelo fue pensado como contrapeso de la tendencia reduccionista de las competencias. Le llamó “Modelo humanista integrador, basado en competencias”. Ya el título del modelo anuncia su intención, porque en él las competencias se tornan referenciales, necesarias sin duda, pero también accesorias al sentido principal del modelo que es el de la formación de seres pensantes, críticos, dueños de sus circunstancias, actuantes en un entorno donde forman parte de un todo que para salir adelante debe ser, sobre todo, solidario. Hasta hoy trabaja Serafín en la consolidación de ese cuarto eje sustantivo como el articulador de todo el modelo. Por ello, incorporó en su momento una barra de materias, transversales a todas las carreras, donde se aprenden cuestiones básicas relacionadas con el respeto por la Otredad, el compromiso con la inclusión y la responsabilidad con la propia comunidad, lo que debe generar una impronta en el estudiantado para que luego, al arribar a los saberes especializados de sus carreras, aprendan a ejercerlas no sólo con una gran solvencia técnica, sino especialmente con un importante sentido humano.

Aunque nunca ha dejado su campo natural, que es el derecho —donde se ha especializado en la argumentación jurídica— Serafín se reveló, cuando rector, como un inteligente educador que no por intuitivo es menos acertado que quienes son educadores de profesión. No sólo su influencia, sino literalmente su trabajo, siguen presentes en las modificaciones que ahora estamos haciendo en la UATx para adecuar el modelo educativo al nuevo entorno de la llamada 4T, donde la originalidad de su pensamiento se devela anticipada, pero sobre todo de una pertinencia sorprendente con las exigencias de un modelo educativo orientado a lo social.

Es seguro que su experiencia como rector en la UATx facilitó que después fuera ombudsman en Tlaxcala, donde junto a otros colegas que también lo fueron en sus respectivos estados —Marcia Bullen en Puebla y Bernardo Romero en Querétaro— demostraron que ser académico puede ser garantía de que se puede ser también un buen político, uno que lejos de pensar en el puesto para el beneficio personal, piensa en cómo servir con honestidad, conocimiento y profesionalismo.

III.

Es tal vez en la política local donde Serafín Ortiz ha destacado más. Cabe decir que no se trata de un político tradicional, aunque se parece a ellos. Posee sin duda la inteligencia de los políticos, es sagaz, sabe leer los entornos y reacciona con reflejos felinos para anticipar a sus adversarios. Sabe a la perfección que cuando se juega a la política lo principal es lo político —o, parafraseando lo que solía poner un anuncio en la revista de una aerolínea sobre el mercado: en la política no se consigue lo que se merece, sino lo que se negocia—. Sabe tejer su telaraña y tiene los hilos sobre sus dedos porque es hipersensible a cualquier movimiento sin importar que ocurra a kilómetros de distancia. Sabe cuándo alguien cae, cuando le tiene a su merced, y sabe también condonar y perdonar. Sabe ofrecer y también cumplir. En todo esto se parece a los políticos, pero a diferencia de la mayoría de ellas y ellos, tiene claro el límite entre lo que se puede y lo que se debe hacer. Es un político honesto y quizá por ello, por ser un político honesto, es que le ha costado navegar en un mar donde muy pocos, o casi nadie, lo son.

Tengo que admitir que, a pesar de lo que algunos piensan, a mí no me gusta la política, y que si me he desempeñado en puestos que sin duda son políticos, lo he hecho a pesar de mi propio interés que es la academia, en aras de servir, porque es una oportunidad invaluable para dar lo mejor de uno. Por eso he aconsejado a Serafín más de una vez que se dedique a la academia y deje al lado la política, que está llena de dobles discursos, de dobles morales y de traiciones. Y, sin embargo, con ese tono calmo que le caracteriza, termina convenciéndome de que es la única forma de lograr que las cosas cambien, de mover a la sociedad para que cambie.

En algo tiene razón Serafín: hoy que la ciudadanía no tiene en los partidos tradicionales representantes legítimos —porque está más claro que nunca, que sólo se representan a sí mismos— es necesario buscar nuevas representaciones. Así ha ocurrido con las grandes empresas de telecomunicación que solían tener su bancada verde; lo mismo puede decirse del magisterio y Nueva Alianza; el empresariado tiene al PAN y algunas universidades tienen a sus representantes, exrectores todos, en escaños y curules que cuidan su mejor interés. Generoso como es, Serafín diputado, Serafín senador, Serafín gobernador, vería no sólo por la UATx, o por los universitarios que es el gremio con el que se identifica —nuestro gremio, en efecto—; estoy seguro de que se tomaría en serio la oportunidad de servir al pueblo, sin demagogia, con inteligencia y con prudencia.

Por eso, cuando decidió formar un partido político, empresa que parecía completamente cuesta arriba, terminó demostrando que puede mover

la voluntad de las personas al punto de ganar aún en la derrota. Su apuesta por la buena política, de la mano de Michelangelo Bovero, a quien invitó a Tlaxcala a inaugurar la escuela que lleva ese mismo nombre —Escuela de la buena política— le ha redituado porque ha sido ese el código que ha regido sus campañas y también porque en ese marco ha podido demostrar, que política y academia pueden ser la una para la otra cuando al primer término del binomio se le aplica el calificativo de la bondad, porque es entonces cuando el quehacer de la política exige racionalidad, que como todo el mundo sabe, es el primero y más eficaz límite contra la arbitrariedad, la falsedad, la canallada, la maledicencia y el autoritarismo que suelen ser los calificativos que en la práctica acompañan al político.

IV.

Jurista, educador, servidor público, político e incluso empresario, todas esas caras y más son las que tiene el poliédrico Serafín Ortiz; ninguna de ellas se muestra por sí sola y todas ellas brillan enmarcadas en el halo que le personifica como un ser humano de excepción, como el hombre generoso y consejero sabio y solidario que es, pero sobre todo como el amigo incondicional que sabe ser.

Enhorabuena por este homenaje. Aquí sí, en el corazón de los amigos, a diferencia de los negocios y la política, uno consigue lo que se merece y Serafín se merece este libro que quedará como testimonio de quién fue, de quién ha sido y como zócalo de quién habrá de ser Serafín Ortiz, nuestro querido amigo, en los muchos años que le quedan todavía por vivir.